

UN LIBRO CURIOSO.¹

Ni el libro de que aquí se trata ni mucho menos su autor son raros o desconocidos: antes al contrario ambos tuvieron en su época gran resonancia. Por lo que hace a su comprensión, el libro puede muy bien llamarse universal: abarca o quiere abarcar todas las lenguas y reducirlas a una sola: al hebreo. Es un ensayo de unificación lingüística fracasado y olvidado sin duda como los de tantos otros que han pretendido hallar en una lengua determinada el origen de todas las demás.

Luis Thomassin (1619-1695) fué admitido muy joven en la congregación del Oratorio de San Felipe Neri y se distinguió más que por otra cosa por sus estudios y escritos de teología é historia eclesiástica. Ya el mismo título del libro de que tratamos deja entender el fin de su obra, o mejor dicho, la relación que tiene con las ciencias sagradas. De los dos tomos de que consta, el segundo y parte del primero se reducen a diccionarios de lenguas reducidas al hebreo; el resto de la obra es expositivo: su doctrina puede por entero reducirse a principios bien sencillos: a) todas las lenguas proceden de la hebrea, b) la cual los descendientes de Noé, asirios, babilonios, fenicios . . . la esparcieron por todo el mundo.

En su enumeración lingüística no falta el vascuence. Pocas son las páginas a él dedicadas (1, 492-497), mas las suficientes sin duda, para poder en general formarnos idea del sistema y argumentos

¹La methode d'étudier et d'enseigner chrétiennement et utilement la grammaire ou les langues par rapport à l'Écriture sainte, en les reduissant toutes à l'Hébreu — par le P. L. Thomassin, Prestre de l'Oratoire. 2 tom., Paris (Muguet) 1690.

de Thomassin, los cuales se reducen a presentar palabras hebreas parecidas a las vascas y a probar históricamente haberse en España hablado el hebreo, origen del vascuence.

Creo que Thomassin no sabía vascuence, a juzgar por lo que en su obra se refleja. Conservaré su ortografía en las palabras vascogadas, mas no en las hebreas, que para mayor claridad transcribiré según Brockelmann (cf. *Kurzgefasste vergleichende Grammatik der semitischen Sprachen*, Berlin 1308). Vasc. *deabruach* [= el diablo (sic)] < hebr. *rûḥ* [= viento, aliento] + hebr. *d'ab* [= doler]; vasc. *cerua* [= el cielo] < lat. *caeruleum* < lat. *caelum* (1, 493) < lat. *coelo(!)* [= esculpir] < hebr. *kalal, kalil* [= perfeccionar, terminar] (2, 412); vasc. *gorputza* [= el cuerpo] < lat. *corpus* (1, 493) < hebr. *gap, gapap, gûp* [= cuerpo, persona, cadáver] (2, 468); vasc. *cubac* [= cubas] < lat. *cupa* < hebr. *capap* [= inclinarse, encorvarse] (2, 483).

No es necesario advertir que en todos estos ejemplos ha ido demasiado lejos el autor: bastábale haber acudido al castellano o al latín tan sólo, para hallar el verdadero origen de lo que buscaba. La voz vasc. *deabruach* (pronúnciese la *ch* como *h* muy aspirada o como *k*) está en plural, cosa que a todas luces convenia a Thomassin para hacerla derivar del hebreo *rûḥ*, de otro modo hubiera tenido que explicar la pérdida de la *h*; la *r* de *gorputza* que no existe en el hebreo *gap, gapap, gûp* la considera como pleonástica; además, por supuesto, de asegurar la exactitud de estas últimas formas que, según Buhl (cf. Gesenius' *hebräisches Handwört.*¹⁵, Leipzig 1910), no están bien probadas.

En otro lugar (2, 703) a propósito de la palabra lat. *oculus* muestra Th. no tener idea muy exacta de las lenguas romances. Deriva (1, 493) el vasc. *begui* [= ojo] del hebr. 'ajin que Th. pronuncia *gouin* suponiendo una forma 'uin que no existe y fundándose en su teoría de que la letra hebrea ' [= 'ajin] lo mismo puede pronunciarse *o, u, g*. De la misma forma deriva el gr. ant. ὄζζος, el ital. *occhio*, esp. *oio*, alem. *Auge*, lat. *oculus*, de donde viene el francés *œil* (d'ou vient le françois *œil*). (l. c.); es decir que según este modo de proceder parece que sólo el francés se deriva del latín y no las formas italiana y castellana.

Supone asimismo el autor que todas estas palabras y otras que cita, „proceden de la antigua lengua de España antes de ser conquistada por los romanos, o de la lengua de los cántabros que llamamos vascos“ (1, 492). Ahora bien, como la lengua que primitivamente se habló en España fué la hebrea (l. c.), siguese que el vascuence proviene del hebreo. España es aquel país de Tarsis de que habla la Escritura al tratar de las navegaciones del tiempo de Salomón, y precisamente aquel pasaje célebre de Strabón sobre la erudición y cultura de los Turdetanos prueba mejor que nada la influencia hebrea en España (1, 495). Para Th. la lengua de los celtas común a todo el Occidente lo fué más en España donde se mezclaron a los iberos, según aquellos versos de Lucano IV, 9-10 (cf. Bibliot. latin. de Lemaire 36, 401) . . . *profugique a gente vetusta — Gallorum, Celtae miscentes nomen Iberis*, y de Silio Itálico III, 340 (Lemaire 92, 186) *Venère et Celtae sociati nomen Iberis* y los redujeron á su lengua hebrea en su origen. El paso por España de los cartagineses aportó aun a la península juntamente con la antigua cultura fenicia más elementos hebreos.

Vense en Th. grandes alteraciones fonéticas al explicar el origen hebreo de las palabras vascas, mas en este punto todo le parece lícito. Vasc. *aita* [= padre] < *atta*, término honorífico usado por los jóvenes para designar a los ancianos según Festo (2, 369) < hebr. ‘*at* [= tiempo], ‘*attah* [= ahora], equivale por lo tanto á nuestro vocablo *señor* < lat. *senior*; vasc. *amar* (sic) [= madre] < hebr. ‘*am* [= madre]; vasc. *alaba* [= hija] < hebr. *bat* [= hija] con el artículo *ha* [< **hal*]; vasc. *bessoa* [= brazo] < hebr. *z’roa’* [= brazo]; vasc. *cahar* (çahar?) [= anciano] < sabino *casnar* < hebr. *zaken* [= anciano]; vasc. *bertan* [= enseguida (sic)] < hebr. *pata’* [= de repente]; *cerguati* [cergatik?] [= por qué] < lat. *quare* < **care* (1, 493).

Bastan ya las palabras citadas para ejemplo de etimologías curiosísimas y ver que ni se tiene cuenta con el ser de la lengua que se quiere analizar, ni aun siempre con el de la hebrea pues de atenerse a la escritura masorética hubiera Th. dicho ‘*et por at, peta’* por *pata’* etc.

Se preguntará, ¿cuál es la fonética de Th.? Lo principal de ella se contiene en pocas páginas (1, 97-107), y se refiere casi todo a la

relación que guardan entre sí los sonidos hebreos con los griegos y latinos. En esta materia no hay de que espantarse, si se examinan los cambios maravillosos que se observan por ejemplo en el francés al derivarse del latín, las variaciones que aun dentro de los dialectos griegos se verifican, y aun en los actuales dialectos franceses donde se descubre gran libertad en „suprimir, añadir, cambiar y transponer letras y aun sílabas en el comienzo, medio y fin de la palabra“ (1,101). Este es el fundamento de Th. El cual veía que las lenguas se desenvolvían y desarrollaban, pero no se fijaba en que lo hacían de una manera fija y constante, determinada para cada una, y que por lo tanto era menester dar algunas explicaciones de los cambios y variaciones bien en sí mismos, bien reducidos a principios más generales; en una palabra, considera a veces hechos ciertos y bien probados en filología y como muchos le parecen muy extraños, juzga que toda variación que él introduzca no lo será más. Su argumento implícitamente es siempre el mismo: si aun dentro del francés varían tanto las palabras, ¿qué extraño será que al pasar v. g.: del hebreo al vascuence varíen más? razón, como se vé, evidente, supuesta la legitimidad de la derivación, que es precisamente lo que se trata de probar. Por lo demás no carecía Th. de ese talento investigador tan precioso para la filología: él indica v. g. la igualdad del gr. *τίς* el lat. *quis* aunque no llega a la fuente indoeuropea (1, 107), la igualdad frecuente del *zain*, hebr. con el arameo *dalet*, la del *šin* hebr. con el *tet* aram. (1, 104) (cf. v. g.: Marti, Kurzgef. Gramm. der biblisch-aramäischen Sprache, Berlin 1911, p. 8), la evolución del latín *omnis*, *omneis*, *omnes*; *caudex*, *codex*; *caurus*, *corus* (1, 103) etc. si bien exagera visiblemente en otras ocasiones como al hacer vocal al hebr: *'ain*, y darle la pronunciación más variada que puede darse (1, 105), al igualar sonidos diversísimos (1,104) para sacar de ellos partido en pro de- sus leyes fonéticas.

Hombre de gran erudición en general, marchó Th. descaminado en esta tarea. El juicio de Feller en su Diction. histor. (ed. 1847-56) que *concuerta* con el del „Nouveau diction. histor. par une société des gens des lettres“, Caen^s 1783 (t. 8, 356), es en general el siguiente: „On ne peut lui refuser beaucoup d'érudition mais il la puise moins dans les sources que dans les auteurs qui ont copié les originaux“ (8, 137). Al hablar del vascuence confiesa Th. haber usado las pala-

bras „tels que *Vulcanius* les publia à Leide en 1597 sans se mettre en peine d'en tirer l'origine de plus haut“ (1, 493). La materia es pues, ajena, el encadenamiento suyo. En cuanto al esfuerzo que puso en la obra, recordemos lo que nos dice el *Kirchenlexicon* de Wetzer & Welte (Freiburg-Herder 1882-1901):. „Er strengte sich zu dieser undankbaren Arbeit derart an, dass er allmählich seine Geisteskraft verlor und in den letzten Jahren seines Lebens wieder in den Kindheitszustand kam“ (11, 1700). Lástima de trabajo perdido.

JOAQUÍN AZPIAZU.